

Dedicado a los músicos

En aquel tiempo yo estaba en plena adolescencia
Tenía dieciséis años y había olvidado mi infancia
Me encontraba a 16.000 leguas de donde nací
Estaba en Moscú, en la ciudad de los mil tres campanarios y de las siete
/estaciones
Y no tenía bastante con siete estaciones y mil tres campanarios
Porque mi adolescencia en aquella época era tan alocada y ardiente
Que mi corazón unas veces ardía como el templo de Éfeso y otras
/como la Plaza Roja de Moscú
Cuando el sol se oculta.
Y mis ojos alumbraban viejos caminos.
Y yo era entonces tan mal poeta
Que no sabía llegar hasta el final de las cosas.

El Krémlim era como un inmenso pastel tártaro
De oro sabroso,
Con las grandes almendras de las catedrales completamente
/blancas
Y el dorado almíbar de las campanas...
Un anciano monje me leía la leyenda de Novgorod
Yo tenía sed
Y descifraba caracteres cuneiformes
Luego, de pronto, las palomas del Santo Espíritu echaban a volar por
/la plaza
Y mis manos volaban también, con rumor de albatros
Y ésas fueron las últimas reminiscencias del último día
Del ultimísimo viaje
Y del mar.

Sin embargo, yo era muy mal poeta
No sabía llegar hasta el final de las cosas.
Tenía hambre
Y habría querido beberme y romper luego todos los vasos y todos
/los días y todas las mujeres en los cafés
Y todos los escaparates y todas las calles

Y todas las casas y todas las vidas
Y todas las ruedas de los simones que giraban como torbellino
/por el pésimo empedrado
Habría querido moler todos los huesos
Y arrancar todas las lenguas
Y licuar todos esos grandes cuerpos extraños y desnudos bajo
/sus ropas que me hacían enloquecer...
Presentía la venida del gran Cristo rojo de la revolución rusa...
Y el sol era una maldita llaga
Que se abría como una hoguera.

En aquel tiempo estaba en plena adolescencia
Tenía dieciséis años y había olvidado mi infancia
Me encontraba en Moscú, donde quería alimentarme de llamas
Y no tenía bastante con los campanarios ni con las estaciones
/que constelaban mis ojos
En Siberia tronaba el cañón, era la guerra
El hambre el frío la peste el cólera
Y las aguas cenagosas del Amur arrastraban millones de carroñas
En todas las estaciones veía marcharse los últimos trenes
adie más podía irse en ellos porque ya no vendían billetes
Y los soldados que partían con gusto se habrían quedado...
Un anciano monje me cantaba la leyenda de Novgorod.

Yo, el mal poeta que no quería ir a ninguna parte, podía
/moverme a mi antojo
Y lo mismo los comerciantes que tenían todavía bastante dinero
Para ir a tratar de hacer fortuna.
Su tren salía cada viernes por la mañana.
Se decía que había por allí muchos muertos.
Uno llevaba cien cajas con despertadores y relojes de cuco de
/la Selva Negra
Otro, sombrereras, cilindros y un surtido de tirabuzones de Sheffield
Otro, ataúdes de Malmoë repletos de latas de conserva y de
/sardinias en aceite
También había muchas mujeres
Mujeres con entrepiernas de alquiler que igualmente podían servir
De ataúdes
Eran muy competentes

Blaise Cendrars

PROSA DEL TRANSIBERIANO

Y DE LA PEQUEÑA JEANNE DE FRANCIA

© Adolfo García Ortega
La palabra ajena (Antología privada de poetas extranjeros)
Descargado de www.adolfoortega.com

Se decía que había por allí muchos muertos
Todas ellas viajaban con tarifa reducida
Y tenían todas ellas una cuenta corriente en el banco.

Entonces, un viernes por la mañana, por fin me llegó el turno
Fue en diciembre
Partí como compañero de un viajante de joyería que iba hasta Jarbine
Teníamos dos compartimentos en el expreso y 34 cofres con
 /bisutería de Pforzheim
Baratijas alemanas “Made in Germany”
Él me había vestido con ropa nueva, y al subir al tren perdí un botón
—Lo recuerdo, lo recuerdo, he pensado a menudo en ello después—
Dormía encima de los cofres y estaba muy contento por poder
 /jugar con la browning niquelada que también él me había dado.

Era feliz sin preocupaciones
Creía estar jugando a bandoleros
Habíamos robado el tesoro de Golconda
E íbamos, gracias al transiberiano, a esconderlo al otro extremo del mundo
Yo debía defenderlo de los bandidos de los Urales que habían
 /atacado a los saltimbanquis de Jules Verne
De los Junguzes, de los bóxers de China
Y de los furiosos mongoles enanos del Gran Lama
De Alí Babá y los cuarenta ladrones
Y de los secuaces del terrible Viejo de la Montaña
Y sobre todo, de los más modernos
Las ratas de hotel
Y los especialistas en expresos internacionales.

Y sin embargo, y sin embargo
Estaba triste como un niño
Los ritmos del tren
La “médula ferrocarril” que llaman los psiquiatras americanos
Los ruidos de las puertas de las voces de los ejes chirriando
 /sobre los raíles congelados
El ferlín de oro de mi futuro
Mi browning el piano y los tacos de los tahúres en el
 /compartimento contiguo
La asombrosa presencia de Jeanne

Blaise Cendrars

PROSA DEL TRANSIBERIANO

Y DE LA PEQUEÑA JEANNE DE FRANCIA

© Adolfo García Ortega
La palabra ajena (Antología privada de poetas extranjeros)
Descargado de www.adolfoortega.com

El hombre de las gafas azules que se paseaba nerviosamente por
/el pasillo y me miraba al pasar
Roces de mujeres
Y el silbido del vapor
Y el ruido eterno de la locura de las ruedas sobre los carriles del cielo
Los cristales con escarcha
¡Nada de naturaleza!
Y al otro lado, las estepas siberianas el cielo cubierto y las
/grandes sombras de los Melancólicos que suben y bajan
Me arropé con una manta de viaje
Multicolor
Como mi vida
Y mi vida no me calienta más que este chal
Escocés
Y ni Europa entera divisada por la ventanilla de un expreso a toda máquina
Es más rica que mi vida
Mi pobre vida
Este chal
Deshilachado sobre los cofres repletos de oro
Con los que viajo
Encima de los que sueño
Encima de los que fumo
Y la única llama del universo
Es una vaga idea...

Del fondo de mi corazón las lágrimas acuden
Si pienso, Amor, en mi amante;
No es más que una niña, a quien hallé así,
Pálida, inmaculada, en lo recóndito de un burdel.

No es más que una niña, rubia, risueña y triste,
No sonrío y jamás llora;
Pero en lo hondo de sus ojos, cuando te deja beber en ellos,
Tiembra un dulce lirio de plata, la flor del poeta.

Es dulce y callada, no hace reproches,
Y se estremece mucho si alguien se le acerca;
Pero cuando yo regreso de cualquier sitio, festivo,
Ella da un paso, luego cierra los ojos—y da un paso.

Blaise Cendrars

PROSA DEL TRANSIBERIANO

Y DE LA PEQUEÑA JEANNE DE FRANCIA

© Adolfo García Ortega
La palabra ajena (Antología privada de poetas extranjeros)
Descargado de www.adolfofocarciaortega.com

Porque ella es mi amor, y las otras mujeres
Sólo llevan vestidos de oro sobre cuerpos en llamas,
Mi pobre amiga está tan desvalida,
Toda desnuda, sin cuerpo— es demasiado pobre.

No es más que una flor cándida, endeble,
La flor del poeta, un pobre lirio de plata,
Aterida, sola, y ya tan marchita
Que las lágrimas acuden a mí si pienso en su corazón.

Y esta noche es igual que otras cien mil noches en las que el
/tren se adentra en la noche
—Los cometas caen—
Y en las que el hombre y la mujer, jóvenes aún, se entretienen
/haciendo el amor.
El cielo es como la lona desgarrada de un circo miserable en un
/pequeño pueblo de pescadores
De Flandes
El sol es un humeante quinqué
Y en lo alto de un trapecio una mujer hace de luna.
El clarinete el cornetín una flauta áspera y un mal tambor
Y he aquí la cuna de mi infancia
La cuna de mi infancia
Estaba siempre junto al piano cuando mi madre como Madame
/Bovary tocaba las sonatas de Beethoven
He pasado mi infancia en los jardines colgantes de Babilonia
Y haciendo novillos por las estaciones delante de los trenes a punto de salir
Hasta el día de hoy he hecho correr a todos los trenes detrás de mí
El Basilea Tombuctú
También he jugado en las carreras de Auteuil y de Longchamp
El París Nueva York

Hasta el día de hoy, he hecho correr a todos los trenes a lo largo de mi vida
El Madrid Estocolmo
Y he perdido todas mis apuestas
Sólo queda la Patagonia, la Patagonia, que se adecúa a mi
/inmensa tristeza, la Patagonia, y un viaje por los mares del Sur
Estoy en camino
Siempre he estado en camino

Blaise Cendrars

PROSA DEL TRANSIBERIANO

Y DE LA PEQUEÑA JEANNE DE FRANCIA

© Adolfo García Ortega
La palabra ajena (Antología privada de poetas extranjeros)
Descargado de www.adolfo Garciaortega.com

Estoy en camino con la pequeña Jeanne de Francia
El tren da un salto mortal y cae otra vez sobre sus ruedas
El tren cae otra vez sobre sus ruedas
El tren cae siempre otra vez sobre sus ruedas

“Blaise, dime, ¿estamos muy lejos de Montmartre?”

Estamos lejos, Jeanne, llevas siete días viajando
Estás lejos de Montmartre, de la Colina del Sacré Coeur que te
 /amamantó y en la que te acurrucabas
París ha desaparecido y de su enorme brasa
Sólo restan ininterrumpidas cenizas
La lluvia que cae
La turba que crece
La Siberia que nos rodea
Los pesados mantos de nieve extendidos
Y el cascabel de la locura que tintinea como un último deseo en el aire
azulado
El tren palpita como un corazón en el horizonte plomizo
Y tus penas se burlan de ti...

“Dime, Blaise, ¿estamos muy lejos de Montmartre?”

Las inquietudes
Olvida las inquietudes
Todas las estaciones agrietadas oblicuas al camino
Penden de los hilos telegráficos
Y los postes que hacen muecas y gestos las estrangulan
El mundo se estira se alarga y se encoge como un acordeón que
 /una mano sádica atormenta
Por los desgarrones del cielo, por sus orificios, las
 /locomotoras enfurecidas
Huyen
Las ruedas vertiginosas las bocas las voces
Y los perros del infortunio que ladran pisándonos los talones
Los demonios desencadenados
Chatarras
Todo es un acorde sin afinar
El brun run run de las ruedas

Choques

Percusiones

Somos una tormenta en el cráneo de un sordo...

“Dime, Blaise, ¿estamos muy lejos de Montmartre?”

Sí, me pones nervioso, ya sabes que sí, que estamos muy lejos

La locura recalentada muge en la locomotora

La peste el cólera se alzan como rescoldos ardientes a nuestro paso

Nos esfumamos en plena guerra dentro de un túnel

El hambre, esa puta, se agarra a las nubes en desbandada

Los muertos en montones hediondos el estiércol de las batallas

Haz como el hambre, haz tu oficio...

“Dime, Blaise, ¿estamos muy lejos de Montmartre?”

Sí, lo estamos, lo estamos

Todos los chivos expiatorios han reventado en este desierto

Escucha las esquilas de ese rebaño sarnoso Tomsk

Tcheliabinsk Kainsk Obi Taichet Verkné Udinsk Kurgan Samara

/Pensa Tuluna

La muerte en Manchuria

Es nuestro andén es nuestro último refugio

Este viaje es terrible

Ayer por la mañana

Iván Ulich tenía los cabellos blancos

Y Kolia Nikolai Ivánovich se muerde los dedos desde hace quince días...

Haz como la Muerte como el Hambre haz tu oficio

Eso que te cuesta un rublo en el transiberiano cuesta cien

Llena de pasión los asientos y avergüénzate después debajo de la mesa

El diablo está al piano

Sus dedos nudosos excitan a todas las mujeres

La Naturaleza

Las Gubias

Haz tu oficio

Hasta Jarbine...

“Dime, Blaise, ¿estamos muy lejos de Montmartre?”

Blaise Cendrars

PROSA DEL TRANSIBERIANO

Y DE LA PEQUEÑA JEANNE DE FRANCIA

© Adolfo García Ortega
La palabra ajena (Antología privada de poetas extranjeros)
Descargado de www.adolfo Garciaortega.com

Otra vez... déjame en paz... déjame tranquilo
Tienes las caderas angulosas
Tu vientre es ágrío y padeces de sífilis
Eso es todo cuanto París ha puesto bajo tus faldas
También ha puesto un poco de espíritu... por eso eres desgraciada
Te compadezco te compadezco ven a mí ven a mi corazón
Las ruedas son los molinos de viento del país de Jauja
Y los molinos de viento son las muletas que un mendigo hace girar
Somos aquéllos a quienes han amputado el espacio
Caminamos sobre nuestras cuatro heridas
Nos han cortado las alas
Las alas de nuestros siete pecados
Y todos los trenes son los juguetes del demonio
Un corral
El mundo moderno
La velocidad no puede remediarlo
El mundo moderno
Los horizontes están demasiado lejos
Y al cabo del viaje es terrible ser un hombre con una mujer...

“Blaise, dime, ¿estamos muy lejos de Montmartre?”

Te compadezco te compadezco ven a mí voy a contarte una historia
Ven a mi cama
Ven a mi corazón
Voy a contarte una historia...

¡Ven! ¡Ven!

En las Fidji reina la eterna primavera
La pereza
El amor extasía a las parejas en la hierba sin segar y la cálida
/sífilis merodea bajo los palmerales
¡Ven a las islas perdidas del Pacífico!
Llevan por nombre Las Fénix, Las Marquesas
Borneo y Java
Y Las Célebes con forma de gato.
No podemos ir al Japón
¡Ven a México!

Blaise Cendrars

PROSA DEL TRANSIBERIANO

Y DE LA PEQUEÑA JEANNE DE FRANCIA

© Adolfo García Ortega
La palabra ajena (Antología privada de poetas extranjeros)
Descargado de www.adolfoortega.com

En sus altas planicies florecen los tuliperos
Las lianas tentaculares son la cabellera del sol
Parece la paleta y los pinceles de un artista
Con colores que aturden como campanas,
Rousseau estuvo allí
Y cegaron su vida
Es el país de los pájaros
El pájaro del paraíso, el ave lira
El tucán, el sinsonte

Y el colibrí que anida en el corazón de los lirios negros
¡Ven!
Nos amaremos entre las ruinas majestuosas de un templo azteca
Tú serás mi ídolo
Un abigarrado ídolo infantil un poco feo y bizarramente extraño
¡Ven!

Si quieres iremos en avión y sobrevolaremos el país de los mil lagos
Allí las noches sin increíblemente largas
Al antepasado prehistórico lo asustaré con mi motor
Aterrizaré
Y construiré un hangar para mi avión con los huesos fósiles de un mamut
Y el fuego primitivo calentará nuestro pobre amor
Samovar
Y nos amaremos muy burguesamente cerca del polo
¡Ven!

Jeanne Jeannette Ninette La De Los Dos Limones niní ninón
Cariño miamor minovia mipotosí
Dodó dondón
Chupa mi bombón
Corazoncito querido
Gallinita
Cabrita adorada
Mi pecadito
Cuclillo
Coñito
Ya duerme

Blaise Cendrars

PROSA DEL TRANSIBERIANO

Y DE LA PEQUEÑA JEANNE DE FRANCIA

© Adolfo García Ortega
La palabra ajena (Antología privada de poetas extranjeros)
Descargado de www.adolfo-garciaortega.com

Ya duerme
Y de todas las horas del mundo no ha atrapado ni una sola siquiera
Todos los rostros entrevistados en las estaciones
Todos los relojes
La hora de París la hora de Berlín la hora de San Petersburgo
/y la hora de todas las estaciones
Y en Ufa, el rostro ensangrentado del artillero
Y la esfera estúpidamente iluminada de Grodno
Y el avance perpetuo del tren
Cada mañana se ponen los relojes en hora
El tren avanza y el sol va para atrás
Sin nada que hacer, escucho las campanas sonoras
El grave tañido de Notre Dame
El campanil agridulce del Louvre que sonó la noche de San Bartolomé
Los carillones herrumbrosos de Brujas la Muerta
Los timbres eléctricos de la biblioteca de Nueva York
Los campanarios de Venecia
Y las campanas de Moscú, el reloj de la Puerta Roja que me
/contaba las horas cuando trabajé en una oficina
Y mis recuerdos
El tren atruena sobre los pivotes
El tren corre
Un gramófono pronuncia guturalmente una marcha zíngara
Y el mundo, como el reloj del barrio judío de Praga, da
/frenéticas vueltas al revés.

Deshoja la rosa de los vientos
Observa cómo zumban las tempestades desatadas
Los trenes ruedan como huracán sobre desniveles encabritados
Juguetes diabólicos
Hay trenes que jamás se cruzan
Otros que se pierden por el camino
Los jefes de estación juegan al ajedrez
Tric trac
Billar
Carambolas
Parábolas
La vía férrea es una nueva geometría
Siracusa

Arquímedes
Y los soldados que lo degollaron
Y las galeras
Y los bajeles
Y los artefactos que inventó
Y todas las matanzas
La historia antigua
La historia moderna
Los torbellinos
Los naufragios
Como el del Titanic que he leído en el periódico
Tantas asociaciones de imágenes que no puedo trasladarlas a mis versos
Porque todavía soy un mal poeta
Porque el universo me desborda
Porque no me he preocupado por asegurarme contra los accidentes de tren
Porque no sé ir hasta el final de las cosas
Y tengo miedo.

Tengo miedo
No sé ir hasta el final de las cosas
Como mi amigo Chagall yo podría hacer una serie de cuadros
/demenciales
Pero no he tomado apuntes durante el viaje
“Perdónenme mi ignorancia
Perdónenme por no conocer el antiguo juego de los versos”
Como dice Guillaume Apollinaire
Todo lo que concierne a la guerra se puede leer
/en las Memorias de Kuropatkin
O en los diarios japoneses que están tan cruelmente ilustrados
¿Para qué documentarme?
Me abandono
A los sobresaltos de mi memoria...

A partir de Irkutsk el viaje se volvió mucho más lento
Mucho más largo
Ibamos en el primer tren que bordeaba el lago Baikal
Habían adornado la locomotora con banderas y farolillos
Y salimos de esa estación a los acordes tristes del himno del Zar.

Si yo fuera pintor gastaría mucho rojo, mucho amarillo para
/pintar el final de este viaje
Porque creo de veras que estábamos todos un poco locos
Y que un delirio inmenso ensangrentaba las caras nerviosas de
/mis compañeros de travesía
Aproximándonos a Mongolia
Que bramaba como un incendio.
El tren había aminorado su marcha
Y yo percibía en el chirrido perpetuo de las ruedas
Los acentos histéricos y los llantos de una eterna liturgia

He visto
He visto los trenes silenciosos los trenes negros que volvían
/del Extremo Oriente y pasaban fantasmales
Y mi ojo, como el fanal de cola,
Corre todavía en pos de esos trenes
En Talga 100.000 heridos agonizaban por falta de asistencias
He visitado los hospitales de Krasnoiarsk
Y en Khilok nos hemos cruzado con un largo convoy de soldados locos
He visto en los lazaretos úlceras abiertas heridas que sangraban a borbotones
Y los miembros amputados bailaban alrededor o echaban a volar
/por el aire ronco
El incendio estaba en todas las caras y en todos los corazones
Dedos idiotas tamborileaban sobre todos los cristales
Y bajo la presión del miedo las miradas reventaban como abscesos
En todas las estaciones prendían fuego a todos los coches del tren
Lo he visto
He visto trenes con 60 locomotoras que huían a toda máquina
/perseguidos por los horizontes en celo y bandas de
/cuervos que volaban después desesperadamente
Desapareciendo
En la dirección de Port Arthur.

En Tchita tuvimos unos días de tregua
Parada de cinco días debido a los obstáculos de la vía
Los pasamos en casa del señor Iankélevich que quería darme a su
/hija única en matrimonio
Luego el tren partió de nuevo.
Ahora era yo quien estaba sentado al piano y me dolían los dientes

Blaise Cendrars

PROSA DEL TRANSIBERIANO

Y DE LA PEQUEÑA JEANNE DE FRANCIA

© Adolfo García Ortega
La palabra ajena (Antología privada de poetas extranjeros)
Descargado de www.adolfofarciaortega.com

Me imagino a voluntad aquel interior tan apacible el almacén
/del padre y los ojos de la hija que venía por la noche a mi cama

Mussorgski

Y los lieder de Hugo Wolf

Y las arenas del Gobi

Y en Khailar una caravana de camellos blancos

Me parece que he estado ebrio durante más de 500 kilómetros

Pero estaba al piano y eso es todo lo que vi

Cuando se viaja se debería cerrar los ojos

Dormirse

Me habría gustado tanto dormirme

Con los ojos cerrados reconozco todos los países por su olor

Y reconozco todos los trenes por el ruido que hacen

Los trenes de Europa son de cuatro tiempos mientras que los de

/Asia son de cinco o siete tiempos

Otros van en sordina como canciones de cuna

Y los hay que por el ruido monótono de sus ruedas me recuerdan

/la prosa pesada de Maeterlinck

He descifrado todos los textos confusos de las ruedas y he

/reunido los elementos dispersos de una violenta belleza

Que poseo

Y me provoca.

Tsitsikar y Jarbine

No voy más allá

Es la última estación

Me aparearé en Jarbine cuando acaben de prender fuego a las

/oficinas de la Cruz Roja.

Ah París

Gran lumbre calurosa con los tizones entrecruzados de tus

/calles y tus viejas casas inclinadas y cálidas

Como abuelos

Y los anuncios, de rojo de verde multicolores como mi pasado

/resumido en amarillo

Amarillo orgulloso color de las novelas francesas en el extranjero.

Me gusta rozarme en las grandes ciudades con los autobuses en marcha

Los de la línea Saint Germain Montmartre me llevan al asalto de la Colina

Los motores mugen como toros dorados

Las vacas del crepúsculo pacen en el Sacré Coeur

Blaise Cendrars

PROSA DEL TRANSIBERIANO

Y DE LA PEQUEÑA JEANNE DE FRANCIA

© Adolfo García Ortega
La palabra ajena (Antología privada de poetas extranjeros)
Descargado de www.adolfoortega.com

Ah París

Estación central andén de voluntades encrucijada de inquietudes

Sólo las droguerías tienen aún sus puertas iluminadas

La Compañía Internacional de Wagons Lits y de los Grandes

/Expresos Europeos me ha enviado un folleto

Es la iglesia más bella del mundo

Tengo amigos que me protegen como pretilos

Temen cuando me marcho que no regrese nunca más

Todas las mujeres con las que me he encontrado se yerguen en lontananza

Con gestos lastimeros y miradas tristes como semáforos bajo la lluvia

Bella, Agnès, Catherine y la madre de mi hijo en Italia y

/aquella otra, la madre de mi amor en América

Hay gritos de sirena que me desgarran el alma

Allá, en Manchuria, un vientre se estremece todavía como en un parto

Querría

Querría no haber hecho nunca los viajes que he hecho

Esta noche un gran amor me atormenta

Y a mi pesar pienso en la pequeña Jeanne de Francia.

En una noche de tristeza escribo estos versos en su honor

Jeanne

La pequeña puta

Estoy triste estoy triste

Iré al “Lapin agile” para recordar mi juventud perdida

Y beber unos cuantos vasos

Luego regresaré solo

París

Ciudad de la Torre única del gran Patíbulo y de la Rueda.

(París, 1913)